

No pretendas, pues, meterme
 con lo de la mano miedo.
 Si sé que contigo puedo
 ¿qué voy con tu mano a hacerme?
 ¿Piensas que con ella al verme
 orgulloso me pondría?
 ¡Vano eres en demasía!
 Lo que a mí me da embeleso
 y amo, es la gloria, y por eso
 me hasta la mano mía.

Deja la jactancia a un lado
 y piensa que al no vencer
 yo soy quien te va a poner,
 ya que lo que quieres, bocado,
 Saca lo que bien guardado
 tienes adentro, **gur gur**;
 mira tú que en este albur
 jugamos dueño y honor,
 y si pierdes Nicanor,
 no vuelves más a Pabur.

Si con el prelude José Manuel había logrado matar el efecto producido por su rival, con la canción de la respuesta acabó por ganárselo definitivamente. Ella había bastado para que el público pudiera apreciar de un golpe al guitarrista, al repentista, al cantor y al hombre. María Luz estaba desfalleciente de alegría e íntimo orgullo. Ese, a quien todos acababan de aplaudir delirantes, era el hombre que había sabido subir hasta ella. ¡Y cómo lo celebraban las mujeres, todas aquellas damas elegantes, altivas y orgullosas de su nombre, su belleza y su fortuna! ¡Y con qué sinceridad lo hacían! Seguramente arrastradas por la fuerza de la verdad, de la justicia reparadora, que hace olvidar en ciertos momentos la inexplicable ley de los prejuicios y apreciar las excelencias de un alma, salidas a flote por obra del esfuerzo genial. Y como ellos, María Luz, que, habiéndolas palpado con sobrada frecuencia, había tenido por fuerza que apreciarlos también y rendirse.

“No soy, pues, una loca—pensaba en esos momentos—por haberme fijado en ese hombre que está allí, como un rey, al que aclamaran sus vasallos”

El mismo Nicanor había escuchado religiosamente a José Manuel, borrada ya su eterna y sardónica sonrisa, con una especie de supersticioso respeto, rendido, más que nadie, a la evidencia de su derrota, fascinado por aquel tocador maravilloso, que tan hábilmente le hacía decir a la guitarra cosas tan profundas y tan nuevas para él. “¡Ah! ¿de dónde había sacado este hombre tanta fuerza y maestría para dominar así un instrumento tan rebelde e ingrato como la mujer, se preguntaba bajo el peso de su inminente derrota, el pobre Nicanor?”